

Las trenzas aquellas...

(Pequeño poema de otoño.)

Por Juan Torres Gueso.

PARA tí, María Magdalena del Moncayo, que tanto sabes de la dulce melancolía de nuestros parajes manchegos, en las horas silenciosas y calladas de sus atardeceres; en los momentos tibios y suaves de su hermosa puesta del sol, llena de pinceladas de cobre y oro viejo; cuando la vieja iglesia, de recias murallas y severos contornos, es todo un poema con olor a incienso y sonido de esquiloncillo, guardando, a la sombra de su espíritu monástico, toda la esencia de nuestra raza misionera y evangelizadora. Para tí, que quieres ser a un tiempo flor y fruto; promesa y esperanza; vida y sueño; espiga dorada de fecundos granos de aquella tu campiña, fina y alegre, como un riacho de agua clara; grave y altiva, como el alma de nuestros conquistadores; soñadora, como los poetas que dieron gloria a nuestro solar Ibérico e immortalizaron nuestra lengua; humilde y resignada como nuestros místicos, y dulce y amorosa como el regazo de una madre buena.

—Dime, Mujer, ¿por qué ha querido Dios que en tí se vean fundidos, en extraño contraste, grandeza y humildad, luz y sombras, risas...llantos? ¡Oh, Mujer! ¿sabes tú acaso...? ¿Pero qué digo? Tú lo sabes todo; sí, todo y, sin embargo, ¿te acuerdas? Bécquer, dijo: «yo conozco a muchas gentes a quienes no conozco. Algo semejante te ocurre a tí, a mí, y a todos, ¿no es verdad? ¡Oh, María Magdalena! ¿Quién te puso ese nombre tan bonito que tienes? Las olas y tus ojos es lo más hermoso que he visto en mi vida.— No me interrumpas, calla; escúchame, sí; calla—. Recuerdo que el día que nos conocimos estabas con tu vestido nuevo, ese vestido que tan bien te sienta. Las trenzas de tu pelo sombreaban tu frente y caían sobre tus hombros en ese desorden semiartístico que tan bonita te hace.

Llegaste a mí en la primavera, con los primeros brotes, derramando la savia que la naturaleza te donara. Y en tu alma rica— porque así lo quiso Dios— penetraba la luz y el sol, el día y la noche, la vida toda, convirtiéndome, en sabroso fruto, semillas y gérmenes; esencias y espíritus, ideas y creencias. Sí, llegaste a mí en la primavera y estreché tus manos finas, suaves, calientes. Después...; al pasar de las horas y los días, todos se fueron sin que hubiesen dicho nada que merezca recordarlo. Tú también te fuiste. Y en esta tarde del otoño; fría y pálida, cuando el sol amarillo da mil tonalidades a las hojas secas, que el viento en su loco torbellino arrastra, Dios sabe adonde, me he quedado solo. He querido dormir y soñaba; soñaba y estaba despierto. Tras los cristales he visto caer, lentamente, las gotas de agua que resbalaban de los brazos desnudos de los árboles. Un olor a tierra mojada comienza a invadir la estancia. La noche, dando zancadas con sus sombras ténues y apagadas, se acerca y quiere envolverme. He sentido frío; frío y miedo de quedarme con mi sueño a solas.

La luna, en estas horas primeras de la noche, hace piruetas sobre los árboles; juega y se esconde entre las nubes blanquecinas. Sigue el frío; y la noche; y el viento que arrastra las hojas secas; y...; mi sueño. He querido gritar, llamarte. ¡Oh, María Magdalena del Moncayo! ¿Quién te puso ese nombre tan bonito que tienes? Las olas y tus ojos es lo más hermoso que he visto en mi vida; sí las olas y tus ojos, y tus trenzas; las trenzas aquellas...